

## — Reencuentro con Vargas Llosa —

Orwell, Kravchenko, Ciliga, Souvarine, muchos más, a los que se unieron, a la hora del café, los disidentes del «socialismo real», Hanel, Shalamov y, claro, Solzhenitsyn. Mario recordó también la polémica de Rosa Luxemburgo contra Lenin, cuando ella veía ya el totalitarismo incipiente en la victoria de la «revolución proletaria» de 1917.

Para proseguir con dos de los temas preferidos de Mario, en sus escritos políticos: el nacionalismo, que condena, y el liberalismo, que defiende, le digo que no estoy seguro de compartir su admiración por Margaret Thatcher, porque en ciertos aspectos me parecía más conservadora que liberal.

**El PP y Aznar**

—Desde luego. En todo lo que concierne a la vida privada, familiar, la moral y las tradiciones, es conservadora. Yo no comparto esas ideas. Me parece importantísima, en cambio, su acción en el terreno político-económico. Tomemos un solo ejemplo: cuando privatizó una serie de empresas —el teléfono, los transportes, etcétera—, no se limitó a vender esas empresas a grupos capitalistas, sino que impuso que las acciones fueran compradas en prioridad por los trabajadores de dichas empresas, creando así un «capitalismo popular» que ha resultado ser muy dinámico. Porque la propiedad privada no sólo es un aliciente en economía a nivel general, también lo es a nivel personal. La gente cree, o finge creerse, que cuando hablamos de mercado libre lo que proponemos es la ley de la jungla. Es todo lo contrario. El mercado libre es una «legalidad», no puede existir sin unas reglas del juego que permitan el desarrollo de la competencia, que abarate los precios en beneficio de los consumidores. Y una justicia ¡independiente! que vigile y que sancione, cuando las reglas del juego se violan en beneficio de intereses particulares y en detrimento de los demás.

—¿Tiene razón Jean-François Revel cuando califica al PP de partido liberal?

—Eso quisiera Revel —Mario sonríe.

—¿Y no es así?

—Bueno, yo creo que existe en el PP una corriente cada vez más fuerte que es realmente liberal, tal y como yo concibo el término, en todo caso. Son mujeres y hombres, muy jóvenes, convencidos de que hay que acabar con la inflación burocrática del Estado y reducir considerablemente su papel en la vida social y económica.

—¿Y José María Aznar?

—Bueno, yo no lo conozco mucho, sólo lo ví un par de veces, pero me da la impresión de que es

**«HABRÍA que evitar dar la impresión de que los intelectuales son siempre víctimas de la represión, que todos han luchado por la democracia. Es falso. Muchos, ayer, adularon a Stalin y fueron cómplices del totalitarismo. Y hoy, infinidad de escritores ensalzan a Castro, que también es un tirano»**

un hombre muy preparado, muy capaz y desde luego de «franquista» ¡nada! De todas formas, todo ello se verificará pronto, porque estoy convencido de que el PP va a ganar las próximas elecciones, ¿no?

(Silencio)

—¿No cree que el PP va a ganar las próximas elecciones? Yo creo que sí. Fijese en las europeas.

—No digo que no vaya a ganar, digo que aún no es seguro que gane.

Seguimos hablando de España y Mario dice que ha notado últimamente una crispación nueva, un tono de violencia inhabitual, en el discurso político y en la Prensa. ¿Por qué será? Tal vez, le digo, porque todos los que giran en torno al poder, al Gobierno y al PSOE, se han dado cuenta, de pronto, de que sus cargos, sus pesbres, sus privilegios, podían no ser vitales. Mientras que, en la oposición, también los hay que se impacientan, considerando que la «broma» está durando demasiado, que ya es hora de cambiar.

—Pues es una lástima, porque, para muchos, España ha sido un modelo de transición pacífica a la democracia. Hace quince años, por ejemplo, nadie se hubiera atrevido a asegurar que la Monarquía recibiría tan amplio consenso. Claro, la actitud del Rey ese famoso 23-F ha desempeñado un papel fundamental, a mi entender, en ese consenso casi general. Hay muy pocas voces disconformes, como la de García-Trevijano últimamente. Y, por cierto, ¿quién es ese García-Trevijano?

Le explico a Mario que es un «guineano». No por el color de su piel, lo cual sería perfectamente respetable, sino por el de su dinero, lo cual lo es mucho menos.

Nuestro último encuentro se celebró de noche, a las once, en el propio Hotel Ritz. Deprisa y corriendo, porque tiene que tomar un avión de regreso a Londres —antes de Brasil, Miami...— a primeras horas de la tarde. Pero con tanta charla sobre lo divino y lo humano se me habían quedado varias preguntas en el tintero. La primera:

—¿Qué puede representar ser miembro de la Real Academia?

—Que te pagan el entierro.

—¿Qué?

(Soltamos una carcajada)

—No es ninguna broma. La Academia se encarga del entierro de los académicos. Después de todo, no está mal, ¿no? Además, los cementerios madrileños son muy bonitos. Aparte de eso, y aunque puede ser que la Academia conserve ciertos ritos arcaicos, la defensa de la lengua es una causa noble.

Le pregunto cuáles son sus lecturas más recientes y si se ha «enamorado» últimamente de algún libro.

—Tengo que reconocer que mis últimas lecturas son esencialmente «interesadas». No leo prácticamente más que libros relacionados con mi trabajo, sobre los problemas del indigenismo en América Latina, o sobre la vida y obra de Flora Tristán, por ejemplo. Pero bueno, no hay que exagerar, también leo novelas sin relación alguna con estos temas. En este sentido, tengo la impresión de que, si hace veinte o incluso treinta años la literatura iberoamericana demostraba más vitalidad que la española, hoy creo que ocurre exactamente lo contrario, que entre los noveles hay más autores interesantes en España.

**Las cosas de Fujimori**

—¿Cuáles?

—Hay varios. Almudena Grandes me encanta, es muy entretenida. Antonio Muñoz Molina me parece muy interesante. La primera novela de Landero me gustó, no he leído la segunda. Javier Marías es más desigual, pero tiene cosas buenas, y otros, claro.

Saltando de un tema a otro, porque hay que tener en cuenta los horarios, le pregunto qué va a pasar en Perú.

—Nada, por ahora desgraciadamente nada. Fujimori tiene las cosas atadas y bien atadas. Es un régimen autoritario, pero que ha obtenido ciertos éxitos en economía...

—¿Aplicando vuestro programa?

—No, no, sólo muy parcialmente; pero, bueno, algo ha logrado contra la inflación, por ejemplo. También ha obtenido éxitos en la lucha contra el terrorismo empleando métodos bestiales, desde luego, que yo jamás hubiera empleado. Y como ha realizado su golpe para cambiar

la Constitución y poder ser reelegido, lo más probable es que lo sea, y que se mantenga en el poder aún cuatro, ocho o doce años. El caso del Perú también es interesante porque se dan situaciones en parte semejantes en otros países. Quiero decir que se dan casos de regímenes autoritarios, dictatoriales, sin libertades políticas, pero con ciertos aspectos liberales en economía. Por ejemplo, en China, donde sigue la dictadura férrea del partido único, pero en donde han introducido inyecciones de capitalismo en importantes sectores de la economía. Es un sistema absolutamente monstruoso, pero que puede funcionar cierto tiempo. Desgraciadamente, la democracia no constituye una exigencia vital para todo el mundo. En Vietnam ocurre algo parecido. Y es lo que intentan hacer ahora en Cuba.

**Todo ha cambiado desde 1989**

(Cuando habla de política, y sobre todo de política en el Perú, Mario se transforma. No sé cómo definir esa transformación. Es casi imperceptible. No es, o no es solamente por lo menos, la amargura de la derrota en las presidenciales, no es solamente la indignación ante las tropelías a la democracia de Fujimori, es otra cosa. ¿La pasión política? ¿La certeza de que su destino en ese terreno no ha concluido? No sé, sólo sé que se transforma.)

Cuando nos levantamos para ir en busca de nuestros impermeables desaparecidos, le hago una última pregunta:

—En nuestras anteriores conversaciones, me ha parecido algo escéptico e incluso abrumado por la situación en Rusia. ¿No le parece importantísima «en sí» la implosión del totalitarismo soviético?

—¡Pero cómo, Carlos, claro que sí! Es algo fundamental, es una de las fechas más importantes de este siglo, uno de los acontecimientos cruciales de nuestra Historia. Todo ha cambiado desde 1989. Ahora bien, tampoco se puede descartar un golpe militar, por ejemplo, que instaure una nueva dictadura. O algo por el estilo. No sería el comunismo, pero tampoco sería la democracia, ¿no le parece?

—No se puede descartar nada, en efecto, ni siquiera un golpe militar, pero yo apostaría más bien por la continuación, a trancas y barrancas, de la marcha hacia la democracia...

Salimos. Cielo gris. A los pies de su señora. Mil y una preguntas siempre en el tintero. Mario iba a Londres y a mí no me ha gustado nada el café que sirven en el Ritz.

**Carlos SEMPRÚN MAURA**